

EL VIAJE A PORTUGAL

LAS relaciones entre España y Portugal han tenido siempre un sabor agríndice. Una cierta obligatoriedad al entendimiento y a la buena vecindad han estado matizadas por sentimientos antagónicos: un persistente resquemor portugués hacia una posible hegemonía peninsular española —incluso por una anexión, por una forma de ocupación—, que era un sentimiento fuera de la realidad, y un necio desdén español, un complejo de superioridad sin ningún apoyo válido, por la realidad portuguesa, que siempre se ha ignorado. En las últimas etapas históricas, este psicologismo de las relaciones entre los dos países no se ha disipado. Un fascismo mutuo no ayudó demasiado a resolverlas. Se mantenían divergencias. Portugal mantuvo siempre buenas relaciones con la Inglaterra conservadora, churchiliana y con los rígidos Estados Unidos de Truman, que le valieron tempranamente su ingreso en la OTAN; el fascismo español no abandonó a las potencias del Eje hasta que estuvieron moribundas. Aun así, hubo un Pacto Ibérico y una ayuda de Salazar a Franco cuando éste la necesitó. El Pacto Ibérico era fundamentalmente anticomunista y no tuvo otra operatividad. Ni siquiera la de cambiar la psicología que distanciaba a las dos naciones.

Los cambios de régimen en los dos países fueron históricamente simultáneos, aunque en Portugal la revolución repentina precediera al inicio de la degradación lenta del franquismo en España. Portugal saltó al mundo como una nación revolucionaria de izquierdas, capaz de experimentar un sistema nuevo por primera vez en la Europa occidental, y su pueblo llegó a temer en algunas ocasiones que España pudiera servir de base para una represión violenta de su revolución. Hubo rumores de que en la base de Rota estaban preparados "marines", aviones y navíos para una intervención americana al acreditado estilo de Santo Domingo; fueron rápidamente desmentidos por Madrid, e incluso los periódicos que en España creyeron poder publicar detalles de la operación, fueron sancionados. Pero en Portugal renacieron los resquemores por la hegemonía y el anexionismo. Las derechas españolas ampararon rápidamente a los exiliados de Portugal, se habló de centros de maniobras de guerrillas portuguesas en Extremadura,

y la izquierda portuguesa lo temió todo de los conservadores españoles, de cuyos bienes se había incautado. Renacieron entonces las historias del asesinato de Humberto Delgado, cuyo cadáver apareció en territorio español próximo a la frontera.

Ciertamente a partir de entonces comenzó ya a degradarse el revolucionarismo portugués y a entrar en "un orden": simultánea-

de las formas occidentales vigentes. Lo cual no evita distanciamientos: la izquierda española está defraudada del resultado final de la revolución portuguesa, en la que puso tanto interés y tanta emoción como si fuera propia, y la derecha española sigue temiendo el progreso del socialismo en Portugal. Mientras, la derecha portuguesa late al unísono de la derecha española en la sospecha

Desde allí ejerció su donación de jefe de la dinastía de la familia. Y allí mantiene su residencia. El Jefe del Estado español era, pues, un excelente enviado, desde un punto de vista psicológico.

¿Se detiene ahí la importancia de este viaje? A su amparo, o para dar importancia a su ocasión, ha habido algunos acuerdos. Algunos se refieren a la protección de inmigrantes españoles, que en número de varios millares residen en Portugal. Otro, a la devolución o indemnización de propiedades incautadas en los momentos eufóricos e innovadores de la revolución: se calculan en un total de 8.000 millones de pesetas. La Embajada española que fue incendiada en una manifestación —y esa muestra de hostilidad forma parte de lo subyacente entre lo agrio que existe entre los dos países—, fue ya reconstruida e indemnizada por el Gobierno portugués. El Presidente de la República de Portugal no evitó el recuerdo de ese tema, para ahuyentarlo de la realidad: sus autores "no tenían de portugueses más que el nombre, porque ni siquiera percibían que el futuro de este país ha de hacerse mirando a Europa de manos dadas por España". Esta "mirada a Europa" es base también del tratado de amistad y cooperación que el ministro Oreja ha presentado con el énfasis natural de la ocasión, subrayando también "una vocación semejante en cuanto a las relaciones exteriores con otros países" para construir "un marco específico para institucionalizar las relaciones bilaterales". Todo ello es claro: España y Portugal son postulantes a la Comunidad Económica Europea, el Mercado Común. Desgraciadamente, el tema puede llegar más a separar que a unir. Una agricultura común, una producción pesquera y una industria poco competitiva en los dos países puede hacer que se entable entre ellos una concurrencia más que una identidad: una concurrencia que puede llegar a ser áspera por la profundidad de los problemas económicos y monetarios de los dos países.

Lo demás son honores y televisión, cortejos oficiales, visitas respetuosas a monumentos, recuerdos comunes, flores y banderas. Himnos, trémolos y discursos.

Y, sin embargo, todos querríamos ver más cerca a Portugal, vernos más cerca de Portugal. Más allá de los protocolos y de las "semanas" oficiales. Es una necesidad mutua, que en algunos momentos espectaculares de la Historia se ha podido percibir. ■



El Presidente Ramalho Eanes entre los monarcas españoles, durante la cena de gala en el palacio de Ajuda.

mente, se degradaba el franquismo póstumo en España. Podría aparecer una convergencia, dentro de estos dos movimientos. En la teoría, hay diferencias entre las dos democracias: la de Portugal está legalmente consolidada por una Constitución creada por una asamblea constituyente que le dio características socialistas y autogestionarias, por unas elecciones posteriores y por un Gobierno dirigido por el Partido Socialista; en España la Constitución se perpetúa, su borrador es conservador, los socialistas están en la oposición y la derecha aparece afianzada en el presente y en el futuro. En la práctica, los dos regímenes se van emparentando en el sentido de buscar una democracia fuerte, de carácter capitalista, dentro del sistema de Estados Unidos y

de que el Gobierno español se deje llevar por las fuerzas de la izquierda, y la izquierda portuguesa teme que influya aún más en su depauperación el conservadurismo afirmado del sistema español.

En estas circunstancias se produce el viaje de Estado de la semana pasada. El Jefe del Estado español siente indudables afinidades por el fondo nacional portugués; pasó allí su infancia, esmaltada de algunos episodios inolvidables, y el portugués fue su segundo idioma. Desde Portugal —la residencia de Estoril— su padre mantuvo sus posiciones políticas, su condición de pretendiente a la Corona —o de heredero en línea directa— y sus contactos con los fieles españoles. Fue tan respetado por el fascismo portugués, como por la revolución portuguesa.